ESTUDIOS DEL REINADO DE ENRIQUE IV

Costumbres públicas y privadas

En las crónicas, documentos, actas de cortes y relaciones de viajes, correspondientes al reinado de Enrique IV, encuéntranse los suficientes datos para reconstituir de un modo bastante completo, el cuadro de las costumbres de Castilla en aquella época.

Caracterizóse, en general, la corte de D. Enrique, por su sencillez. De ella daba ejemplo el monarca, huyendo de toda ostentación y lujo, pues, como dice Enríquez del Castillo «fué en su... vestir muy honesto, ropas de paños de lana del traje de aquellos sayos luengos, y capuces e capas» (1). Esto, no obstante, en ocasiones, con motivo de determinados acontecimientos, celebráronse Fiestas reales, que dejaron largo recuerdo, y dieron materia abundante a los cronistas, para llenar las páginas de sus libros.

A últimos de Mayo de 1455, poco después de efectuarse en Córdoba las bodas de Enrique IV con D.ª Juana de Portugal, tuvieron lugar en Sevilla, a donde se trasladaron los regios esposos, gran número de pasatiempos, entre los que se señaló un torneo de cien caballeros, distribuídos en dos grupos de cincuenta, lujosamente ataviados, y seguidos de sus padrinos y pajes. Barrantes Maldonado hace la descripción de esta fiesta en los siguientes términos: «fué de la una parte Don Juan de Guzmán, duque de Medina Çidonia, con los çinquenta de su partida, vestidos de blanco, e la otra partida tenía Don Juan Pacheco, marqués de Villena... e los çinquenta de su partida ivan vestidos de encarnado...; e púsose una liça delante de sus casas, a la redonda de la plaça, porque no entrasen otros sino los tiradores; y el Rey e la Reina e las damas estaban en los corredores e ventanas de casa del Duque, porque avían de ser aquella noche sus huéspedes; e de la una parte de la plaça estava un estandarte hincado, blanco, con las armas del duque de Medina, e

(1) *Crónica de* ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, cap. I.

de la otra parte un estandarte encarnado con las armas del marqués de Villena; y el torneo se hizo, donde uvo cosas muy señaladas de encuentros de lanças, golpes de espadas e maças; e juzgóse aver sido el torneo mayor que se avía hecho en vida de los que allí se hallaron; e más costosos e galanes, todos los más con cavallos encubertados, e para aquél día avía hecho traer el duque don Juan unas cubiertas de azero, de pieças de escamas menudas, con sus escudos de armas en muchas partes, e con medallas e figuras que se juzgó ser la cosa más delicada e pólida que en Hespaña se avía visto hasta aquellos tiempos; e aunque estas cubiertas hayan pasado años e otros por ellas, muestran hoy en el castillo de Sanlúcar, donde están, la gran primeza del maestro que las hizo» (1).

La llegada de embajadores fué también motivo de grandes fiestas. Fueron, sobre todo, famosas las celebradas en el Pardo, en honor de un embajador del duque de Bretaña, llegado a Castilla en los primeros años del reinado de don Enrique. Las justas y monterías se sucedieron sin interrupción, celebrándose, en último término, un Paso de Armas, cuya idea se debió a don Beltrán de la Cueva, a la sazón, mayordomo del Rey.

En medio del camino del Pardo a Madrid, dispúsose «una tela barreada enderredor de madera con sus puertas por donde avían de entrar los que venían del Pardo: en cuya guarda estaban ciertos salbajes que no consentían entrar a los caballeros e gentiles hombres, que llevasen damas de la rienda, sin que prometiesen de hacer con él seis carreras, e sino quisiesen justar que dexasen el guante derecho. Estaba junto, cabe la tela, un arco de madera bien entallado donde avia muchas letras de oro, muy bien obradas, e avía tal postura que cada caballero que quebrase tres lanzas iba al arco e tomaba una letra en que comenzase el nombre de su amiga». Duró la fiesta desde la mañana a la noche, y como aquel *Paso* fué cosa señalada, el Rey mandó hacer en el lugar, donde tuvo efecto, un monasterio de la orden de San Jerónimo (2).

También hizo la Corte honroso recibimiento al conde de Armegnac, embajador del rey Luis de Francia, citando el Cronista, como muy principal agasajo, entre los que se le dispensaron, el haberle presentado

(1) *Ilustraciones de la Casa de Niebla* por Alonso Barbantes Maldonado, t. II, cap. XV, págs. 157 y 158. (Mem. Hist Esp., ts. IX y X. Madrid 1857).

(2) *Crónica de* Enríquez del Castillo, cap. XXIV. El monasterio de San Jerónimo del Paso se trasladó en 1503 a Madrid, por ser malsano el sitio de su primera instalación. Ha sido restaurado por D. Narciso Pascual Colomer y D. José María Eguren, pero aún pueden observarse restos de la primitiva fábrica.

el Arzobispo «mill fanegas de trigo, e mill de cebada, e mill cántaras de vino e mill pares de gallinas e quarenta pavos» (1).

Otro embajador del rey francés fué recibido por D. Enrique en la villa de Almazán, celebrándose en su honor repetidas fiestas, entre las que hay que señalar una danza, en la que tomaron parte la Reina y sus damas. Bailó el Embajador con D.ª Juana «e como... vió quanta honra señalada le fué danzar con tan alta Reyna la baxa e la alta, hizo voto solepne en presencia del Rey e de la Reyna que jamás danzaría con dama ninguna» (2).

La recepción de Legados del Papa, dió también ocasión a solemnidades de Corte. Ningunas más celebradas que las que tuvieron lugar a la llegada de D. Rodrigo de Borja, cardenal y obispo de Albania, enviado a España por el Pontífice Sixto IV. Autorizado en Valencia para hacer uso de su delegación, fué acompañado desde dicha ciudad a la Corte, que a la sazón se hallaba en Madrid, por el Obispo de Sigüenza y bastantes caballeros de su linaje. El rey, con lucido cortejo de nobles, marchó a su encuentro, y unido a él, hizo el Legado su entrada en la villa, a cuyas puertas aguardaban numerosos clérigos y religiosos, en ordenada procesión, presidida por el Obispo de Astorga, revestido de pontifical. A su lado hallábanse los regidores y caballeros de la villa «con un rico palio de brocado sobre sus varas, con goteras pendientes en que estaban pintadas las armas del Papa y del Rey». Sin descender de su cabalgadura entró el Legado debajo de este palio y, llevando a su izquierda al Rey, encaminóse a la iglesia de Santiago, donde dió su bendición a la numerosa comitiva «e otorgó indulgencia plenaria de tres años, e tres quarentenas de perdón a los que presentes estaban» (3).

No carece de interés el recordar que por intervención de este Legado, fué elevado al Cardenalato el Obispo de Sigüenza D. Pedro González de Mendoza, al cual autorizó el Rey para que «de alli adelante se intitulase el Cardenal de España». Promovido a la sede hispalense, por muerte de D. Alfonso de Fonseca, en pos de las bulas del Arzobispado, vino un mensajero que llevó a Segovia el capelo cardenalicio. Recibido en las afueras de la ciudad por el mayordomo Cabrera «e puesto el Capelo sobre una vara alta, el mayordomo lo llevó hasta la Iglesia mayor, donde el Cardenal, oia la misa» y donde le fué entregado con las ceremonias de costumbre (4).

***

(1) *Crónica de* ENRIQUEZ DEL CASTILLO, cap. XXXVIII.
(2) *Crónica de* ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, cap. XLVII.
(3) *Crónica de* ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, cap. CLIX.
(4) *Crónica de* ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, cap. CLXII.

Las mansiones de los nobles fueron centros de suntuosas fiestas, en las que los ricos magnates procuraban eclipsar el brillo y boato de la Corte. Lo que era la vida de un noble en este tiempo, lo hallamos reflejado de un modo completísimo en la anónima crónica del Condestable Miguel Lucas de Iranzo. Entre las valiosas noticias que nos proporciona, están las que se refieren al matrimonio del Condestable.

Casó el Condestable en Jaén, con D.ª Teresa de Solier, hija de Pedro de Torres y de D.ª Guiomar Carrillo, emparentada con el conde de Haro, D. Pedro Fernández de Velasco, y tenida por una de las más *ricas hembras* de toda Andalucía (1). Aunque era costumbre que los magnates celebrasen las bodas en sus moradas, D. Miguel Lucas estimó preferible tuviesen lugar las ceremonias religiosas en la Iglesia Mayor, y así se hizo el 25 de Enero de 1461.

Organizóse la comitiva, descrita con todo género de detalles por el Anónimo, marchando, en primer término, un gran número de músicos con atabales, trompetas bastardas e italianas, chirimías, tamborinos y panderos, siguiendo, después, dos pajes a caballo, portadores de una casulla y de las arras; y luego el Comendador de Montizón, hermano del Condestable «vestido de rico brocado, encima de mui pomposo cavallo de la brida».

Venían a continuación el Condestable y D.ª Teresa, cabalgando aquél sobre «un hovero trotón, bien hermoso», y ésta sobre «una facanea muy linda, blanca». Vestía el Condestable «un jubon de muy fina chapería de oro todo cubierto, de muy nueva y discreta manera ordenado, y sobre aquél una ropa de estado en demasía rozagante de un carmesí de velludo morado, forrado de mui preciadas e valiosas zebellinas; en la cabeza un capelo nuevo de muy nueva guisa con un mui rico joyel en el rollo bordado de muy ricas xemas, con una guarnición de oro de mucho valor en somo los hombros». La Condesa llevaba «mui riquisimo brial todo cubierto de la misma chapería del jubón del Señor, y encima una ropa de aquel carmesí morado con un rico collar sobre los hombros; tocada de muy graçiosa y bien apuesta manera».

Detrás del Conde iban cuatro pajes llevando las faldas de su ropón, y en torno suyo, veinticuatro caballeros y otros nueve o diez pajes, «vestidos de mui finas sedas y algunos de jubones brocados». Al lado de la Condesa iban el Señor de Santofimia y su hijo Gonzalo Mexía, llevando las *camas del freno*, y a su alrededor el venerable D. Alonso de Iranzo, arcediano de la Iglesia Toledana, hermano del Condestable, y otros ecle-

(1) Según Diego de Valera, el casamiento se hizo contra la voluntad de los parientes de Doña Teresa, por ser el Condestable hombre de bajo linaje.—*Memorial de diversas hazañas*, cap. XIV.

siásticos y caballeros. Seguían otras señoras, como D.ª Guiomar de Carrillo, la condesa de Cortes, D.ª María Coello y D.ª María Narváez; y los padrinos, que lo eran el caballero Rodrigo Mexía, señor de la Guardia, «el qual llevaba una ropa de belludo negra», y D.ª Juana Cerezo, hermana del Condestable ataviada con «un rico brial de fino brocado verde, y en somo una ropa bien fecha de damasco negro».

Llegados a la Iglesia fueron recibidos por los obispos de Salamanca y Jaén y dichas las primeras bendiciones de rúbrica, entraron en la iglesia, tomando asiento los contrayentes en un estrado, situado entre el coro y el altar mayor. Dijo la misa el Prelado salmantino, «oficiándola mui solemnes cantores y órganos». Al tiempo de la ofrenda, los esposos y padrinos ofrecieron «asaz sumas de diversas monedas de oro, y un page ofreció en un gran plato la rica casulla que de brocado traía para ornamento de la dicha iglesia, la cual se estimaba en trescientas doblas de la banda».

Terminada la misa volvieron todos a la residencia del Condestable, donde ya en amplia sala, «guarnida de mui ricos y nuevos paños franzeses a la memoria del Rey Nabucodonosor», se habían preparado las mesas del convite. Sirviéronse excelentes manjares y vinos como «se solían y podían dar a la mesa del más alto príncipe del mundo», y una vez terminado el comer, tocaron las dulzainas y se empezó el baile, y el «dicho señor Condestable comenzó a danzar con la señora Condesa, con la mayor gracia del mundo: y el comendador de Montizón su hermano con la señora Doña Juana su hermana, y así todos los otros jentiles honbres y pajes y dueñas y donzellas que bien lo sabían hazer». Y en este y otros pasatiempos entretuviéronse hasta la hora de nona, en que pasaron a situarse en ventanas y corredores para presenciar el festejo de correr cuatro toros *mui bravos*.

Vino la noche y con ella volvieron los bailes y danzas, hasta la hora de la cena. Terminada la cual volvieron a sonar las dulzainas y se recrearon los asistentes con representaciones de *momos*. Después se hizo colación «de muchos confites y conservas» y retiráronse todos a descansar (1).

En los días siguientes continuaron las fiestas, prolongándose por espacio de más de tres semanas, según cuenta al pormenor el cronista de Miguel Lucas de Iranzo (2).

(1) «El señor Condestable se retraxo a su cámara con la señora Condesa y aquella noche consumió el matrimonio por cópula, puesto que un año antes, según se decía, muchas veces la oviese consigo de día y de noche en una cama, como marido y muger, pero jamás quiso cometer el tal acto fasta la noche de su velación.»

(2) *Crónica del Condestable*, págs. 45-63.—En la *Crónica de* Enríquez del Cas-

Del matrimonio del Condestable fué fruto una niña, cuyo nacimiento fué recibido con inmensa alegría, determinando ocho días de fiestas, cuyo término fué el bautizo, celebrado con gran ostentación. El acto resultó vistosísimo. Marchaban en primer término ministriles de trompetas, chirimías y atabales; después, cinco pajes, llevando, respectivamente, una *torta*, un *capillo de ynpla* (1), un salero de oro, una candela blanca con las armas de los condes y una copa de oro, y a continuación, el asistente Fernando de Villafañe, llevando en brazos la *señora donzella*, «envuelta en un gran paño de mui rico brocado», cuya cola llevaba el comendador de Montizon.

En el atrio de la Iglesia esperaba el deán D. Juan Alvarez de Santa Cruz, y previas las ceremonias de rúbrica, penetraron todos en el templo. Cerca de uno de los altares se habia hecho una cama «mui ricamente guarnecida, de la qual nacía uno como pilar tan alto como fasta la cinta, y encima estaba una mui linda paila, y sobre todo un gentil pavellón, y en cada una a las quatro esquinas de la dicha cama estaba una antorcha de cera blanca con las armas de los dichos señores Condestable y Condesa».

Efectuado el bautizo, y de vuelta en la posada del Condestable, fueron todos «maravillosamente... servidos y abastados», y, después, continuaron los regocijos por espacio de algunos días, de lo que quedó larga memoria en Jaén (2).

En las páginas anteriores, pueden anotarse algunas manifestaciones de la influencia ejercida por modas extranjeras, en las costumbres y en los trajes. La relación de los hechos del Condestable, hace frecuentes alusiones a *tocados moriscos*, y a *calzados* y *paños franceses*, pero además, de estas indicaciones, podemos disponer de otras pruebas de referidas influencias.

Las Cortes de Toledo de 1462, manifestaban al rey las mudanzas frecuentes hechas en los arneses, importados del extranjero, y los gastos que esto ocasionaba a caballeros y escuderos «que cada día han de traer trajes nuevos de armas». Por ello, suplicaban hubiese una sola forma de arneses, a la que se ajustasen los traidos de fuera, petición a la que el monarca hubo de atender, estableciendo que aquéllos habian de ser

TILLO se dan algunas noticias de las solemnidades que acompañaron al matrimonio de D. Beltrán de la Cueva, con la hija menor del marqués de Santillana. Tuvo lugar la ceremonia en Guadalajara, con asistencia de los reyes y acompañamiento de torneos y corridas de toros, celebrados con gran aparato y magnificencia. Cap. XLII.

(1) Tela de seda, que servía, generalmente, para hacer tocas.

(2) *Crónica de Miguel Lucas*, págs. 262-267.

«de platas llanas e fuertes e de elmetes e çeladas fuertes con sus çeladas e guarda braços e arneses de piernas enteros» (1).

La influencia extranjera se muestra, también, en aquel pasaje de la *Vita Beata* de Lucena, en que se dice: «Venidos con el Marqués en su posada... sentados a tabla, fuymos servidos a la francesa» (2). Y la influencia granadina se acredita por un pasaje de Alonso de Palencia, en que refiriéndose a los moros, dice: «sus trajes alcanzaron tal aceptación, que al Rey era más grato el que mejor los imitaba» (3).

Debemos, por último, anotar, como reveladora de extrañas influencias, la existencia de la costumbre de cubrir el rostro las damas, como nos lo indica la siguiente composición de Gómez Manrique:

El coraçon se me fué
donde vuestro vulto vi,
e luego vos conosçí
al punto que vos miré;
que no pudo fazer tanto
por mucho que vos cubriese
aquel vuestro negro manto
que no vos se conosciese (4).

***

En lo que va narrado, pueden hallarse repetidas muestras del lujo y fasto desplegados por los magnates del tiempo. Hecho análogo podemos registrar en las costumbres eclesiásticas, tal vez originado por las riquezas que el clero había llegado a concentrar en su poder. La obra de Lucena les hizo por ello objeto de sus diatribas, sin duda alguna con evidente exageración, como puede apreciarse por los siguientes párrafos:

«Los ministros de Dios, claveros de nuestras ánimas, y de nuestras culpas porteros, viciosos, abundosos y holgados, cogen sin trabajar; limpio de polvo y de paja les trahen el grano a la troxe, y al cillero el mosto clarificado. Sy el año es bueno, cient doblas vale su beneficio, y si malo, ciento y diez: vassillas argenteas, servidores, cavallos, falcones y perros; buena casa, buena mula, comadre buena, bien vestidos, bien arreados; este plebano; este canónigo; este arcediano y estotro deán. Libres de reales imposiciones, de populares repartimientos exemptos, al Rey con *Dominus vobiscum*, y *Cum spiritu tuo* fazen pago al común. Vanse los legos a la guerra, quédanse ellos tras el hogar. De los vivos, ofrendas: por los muertos, obladas: cada fiesta, cada disanto, helas do vienen, y cada domingo: prometen ciento por uno, y por ciento nunca dan uno. De *bovillis bovillis* comiendo, y nunca escotando gordos y regordidos

(1) Cortes de Toledo de 1462, pet. XXII.
(2) LUCENA, *De Vita Beata*, parte 2.ª
(3) Alonso de *Palencia*, Dec. I, lib. IV, cap. III.
(4) *Cancionero* de GÓMEZ MANRIQUE, CI.

viven y más que beatos..... Si son obispos o arzobispos, todos los grandes, fasta el Rey, les facen grand reverencia. Ligan y absuelven las ánimas cuando les place: la sentencia d'excomunión, injusta o justa, es de temer..... Todos faseys, pese a la tierra, vida más que Real. Soys servidos con cerimonias de Rey. Muestre salas, camareros, escuderos, hombres d'armas teneys tantos, que sy todos fazeys una liga, sereys más que los de Rojas» (1).

Muestra de las riquezas de que disponían los eclesiásticos, y de su esplendidez en emplearlas, es el conocido hecho, que se refiere de don Alonso de Fonseca, de haber invitado en su palacio a los Reyes, y después de atenderlos y obsequiarles en forma que sobrepasa a toda ponderación, haber procedido a repartir entre la Reina y sus damas valiosos anillos de oro, con diversas piedras preciosas engastadas (2).

Merece citarse, sobre todo, como prototipo de prodigalidad el Arzobispo de Toledo, quien no teniendo bastante con las cuantiosas rentas de su iglesia para atender a sus gastos, se vió en la precisión de acudir al préstamo, lo que le proporcionó gran número de sinsabores, que se vieron aumentados con sus fantásticas investigaciones en busca de la piedra filosofal (3). Sobre este extremo dice así el Obispo en la *Vita Beata*: «Piensa tú, señor Marqués, que no es tan pobre clérigo en todo su arzobispado como el Arzobispo de Tolledo. Si al cura de Aldihuela, el pago fecho, le sobran al año diez, y al Arzobispo menguan diez mill, ¿dirás tú rico al que mengua o al que sobra? Pues mira su renta, mira también su gasto: los fructos del año que viene no pagarán las debdas dogaño. Queriendo usar de tanta prodigalidat como reyes, por grande que sea la entrada, fasemos mayor la sallida. Es tamaña nuestra ambición que no contentos con nuestras rentas, pensando fazer el hierro oro, fazemos el oro hierro. Albertinos secretos y alfonsinas invenciones probando, pensamos fazer alquimia y desfazémosla» (4).

La afición al lujo, de manera análoga a como ha ocurrido en todos los tiempos, no fué sólo propia de los magnates y clérigos, sino que se extendió hasta en las clases más humildes del pueblo, deseosas de vivir con la mayor ostentación posible, con lo cual dice una Ordenanza del tiempo: «gastan sus patrimonios y pierden sus haciendas, y viene grand

(1) LUCENA, *Vita Beata.*-Parte 2.ª-GALÍNDEZ DE CARVAJAL en sus *Adiciones genealógicas a los Claros varones de Castilla*, al tratar de la ascendencia de Don Sancho de Rojas, obispo de Palencia, dice: «De estos caballeros de Rojas, hay muchos, tantos que viene de allí el refrán, que son más que los de Rojas.»

(2) *Crónica de* ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, cap. XXIII.

(3) Alonso de PALENCIA, Dec. II, lib. VI, cap. II.

(4) LUCENA, *De Vita Beata*, Parte 2.ª

pobreza y grand menester, sacando paños fiados y otras cosas, a más grandes precios de lo que valen» (1).

***

Sobre las diversiones más en boga en los últimos tiempos medioevales, quedan ya hechas algunas referencias, en materia de justas y torneos, bailes y danzas. Debemos agregar algunos otros datos para que quede completo el cuadro de las mismas.

Del *juego de dados*, extendido en todas las clases sociales, habla la Crónica de Iranzo (2), y de él y de las *tafurerías* y *tableros públicos* se ocupó la *Sentencia Compromisaria* de 1465, estableciendo que por los *grandes pecados y males*, que de su existencia se seguían «ninguna cibdad, villa o lugar, nin qualquier persona de qualquier estado o condición, preeminencia o dignidad que sea, non sea osado de tener tablero público», y sancionando esta medida con la pena de confiscación de bienes (3).

De la *lucha a brazo* nos proporcionan noticias los *Hechos de Don Alonso de Monroy*, y el *Viaje del noble bohemio León de Rotzmithal*. En la 1.ª se nos dice, fué una de las distracciones de los caballeros que concurrieron a la villa de Cáceres, con motivo de las bodas de la hermana del maestre de Alcántara (4).

En la narración del Viaje de Rotzmithal se cuenta que en Olmedo, uno de los acompañantes de éste llamado Juan Zehrowitz luchó con un español, ante numeroso público, siendo condición del pugilato el no poderse asir de las extremidades inferiores, y sí, solamente, de la cintura para arriba (5).

(1) Ordenanza expedida por el Maestre D. Juan Pacheco en el Capítulo general de la orden de Santiago celebrada en 1469.-SEMPERE Y GUARINOS (Juan).-*Historia del lujo y de las leyes suntuarias en España*.-Madrid, 1788.-T. I., pág. 185.

(2) *Crónica de Miguel Lucas*, pág. 40

(3) *Sentencia Compromisaria*, LXXXVII.

(4) *Hechos de D. Alonso de Monroy*, págs. 28-33.

(5) *Viaje del noble bohemio Leon de Rotzmithal de Blatna, por España y Portugal hecho del año 1465 a 1467, escrito por* SCHASCHEK, *y Fragmentos de la Relación hecha por* TETZEL *del viaje del barón Rotzmithal por España*. Traducción del latín al castellano por D. Antonio María FABIÉ. Col. *Libros de antaño*, Tomo VIII. Véanse págs. 69-70. Esta fuente, como, en general, toda relación de viajes debe tomarse con grandes reservas, en cuanto afecte al género de vida y costumbres de los españoles. Para demostrar no se trata de un prejuicio infundado, me bastará recordar la pintura que hace Schaschek de los habitantes de Olmedo, aceptada sin discusión por nuestros historiadores, y de cuya veracidad yo dudo. «De esta ciudad, dice, no tengo que escribir otra cosa sino que sus habitantes son peores que los mismos paganos, porque cuando alzan en la Misa el Cuerpo de Dios ninguno dobla la rodilla, sino que se quedan en pie como animales brutos, y hacen una vida tan impura y sodomítica, que

El amor a la *caza* estaba muy generalizado. Por multitud de testimonios sabemos que Enrique IV gustaba mucho de entretenerse en la caza mayor y menor, siendo famosas sus expediciones cinegéticas por tierras de Jaén, Balderas, Pola de Gordon, etc. (1). Esto nos prueba la razón con que el cronista dice: «era gran cazador de todo linaje de animales y bestias fieras: su mayor deporte era andar por los montes y en aquéllos hacer edificios e sitios cercados de diversas maneras de animales, e tenía con ellos grandes gastos» (2).

El teatro en esta época estaba reducido, aparte de las representaciones de Navidad y Reyes, a los *momos y personajes,* que tenían lugar con motivo de determinadas fiestas, tales como nacimientos, bodas, etc.

En el *Cancionero de Gómez Manrique* se encuentra una poesía que fué compuesta con motivo del nacimiento de un sobrino suyo y que debió ser recitada por doncellas representando las virtudes (3). También, con motivo de cumplir 14 años el infante D. Alfonso, hermano del Rey, le festejó con unos momos D.ª Isabel, en los cuales las musas, representadas por varias señoras, deseaban a aquél todo género de venturas y prosperidades (4). Por último, entre las fiestas que tuvieron lugar con motivo del matrimonio del Condestable Iranzo se cuentan diversas representaciones, con intervención de algún aparato escénico (5).

me da pena y vergüenza contar sus maldades». Pero seguimos leyendo y nos encontramos con esta indicación: «retirando Juan Zehrowit con una muchacha, le palpó un pecho, y habiéndolo visto un castellano le maldecía en su lengua, aunque al pronto no lo entendimos; D. Juan le dió una puñada y le echó de cara; mas apenas habían pasado dos horas, volvió aquel hombre con cerca de otros cuatrocientos y rodeó la posada con deseos de matarnos, lo cual sabido por el Rey envió al punto unos nobles para que apaciguasen aquel bullicio».

(1) *Crónica de Miguel Lucas,* págs. 20-27. En Balderas, a donde acompañó al Rey Miguel Lucas de Iranzo, este tomó algunas liebres vivas e hizo que las pusiesen cascabeles y luego, cuando iban camino de León, hacía soltarlas para que los monarcas se divirtiesen.

(2) *Crónica de* ENRIQUEZ DEL CASTILLO, cap. I.

(3) *De Gómez Manrique, en nombre de las virtudes que iban momos al nascimiento de un sobrino suyo. Cancionero, VI.*

(4) *Un breve tratado que fiso Gómez Manrique a mandamiento de la muy ylustre Señora Infanta Doña Isabel, para unos momos que su excelencia fizo con los fados siguientes. Cancionero,* LXXXII.

(5) He aquí la narración de una de esas representaciones: «Después de la cena... una infantería de pages pequeños vinieron vestidos de jubones de fino brocado, y sobre ellos unas jaquetas cortas mui bien trepadas de paño verde, forradas en fino amarillo, las mangas largas trepadas con sus capirotes; los quales tomaron por imbencion que era una gente de ignota y luenga tierra, la qual venía destrozada y venzida de gente enemiga, y que no solamente les habían destruído sus personas y bienes, mas los templos de la fee suya, los quales decian que entendian hallar en estos señores Condestable y Condesa; e que veniendo cerca de aquella ciudad, en el paso de

Las *corridas de toros* ocupan lugar señaladísimo en las distracciones de la época. El paso del rey por alguna Ciudad, la llegada de un embajador, la celebración de un matrimonio, eran actos que iban acompañados frecuentemente de la fiesta de correr toros. Cuando en la primavera de 1458, Enrique IV pasó por Talavera para realizar una de sus expediciones al Reino de Granada, corrieron en dicha villa de 30 a 40 toros, y cuando de vuelta de la misma pasó por Jaén se corrieron, también, en gran número (1).

Los magnates eran muy aficionados a estos espectáculos. El Condestable Iranzo obsequió, durante una estancia en Bailén, al embajador francés conde de Armegnac, con corridas de toros; y cuando se trasladó a Jaén celebrábalas frecuentemente, en particular con motivo de algunas fiestas, como la Virgen de Agosto (2).

Las corridas de toros nos traen el recuerdo del hecho que valió a D. Gómez de Solís el maestrazgo de Alcántara. Era D. Gómez de Solís un mancebo hijodalgo al servicio del conde de Oropera, el cual le llevó consigo a la Corte. Ocurrió que un día corrieron toros delante de Don Enrique y entre ellos «uvo uno asaz brauo porque había desbaratado la guarda del Rey dos veses». Este toro tomó un hombre cerca de las ventanas donde estaba el monarca y «a aquella sazón derrocó su capa y echó mano a su espada Gómez de Solís y vase para el toro y dale dos cuchilladas en el pescuezo que derrocó el toro». Hizo esto con tanta maña que cayó en gracia al Rey, y desde aquel momento le tuvo en gran estima hasta el punto de que al quedar vacante el maestrazgo de Alcántara, hubo de otorgársele, en recuerdo de su hazaña. Llamósele, en adelante, D. Gómez de Cáceres «porquel Rey siempre le llamaba de Cáceres», que era el pueblo de su procedencia (3).

Hablando de toros no podemos dejar olvidados los fragmentos de Tetzel, donde hay curiosas noticias, referentes a Salamanca, con las cuales damos por terminado este extremo: «Tenían toros bravos que traían a la plaza y montados en caballos muy ligeros, disparaban contra los

una deshabitada selva, una mui fea y mui fiera serpiente los había tragado, y que pedían subsidio para donde salir a la puerta de una cámara que estaba al otro lado de la sala. Enfrente do estaba la señora Condesa, asomó la cabeza de la dicha serpiente mui grande, fecha de madera pintada, y por su artificio lanzó por la boca uno a uno los dichos niños, echando grandes llamas de fuego: y así mismo los pages como traían las faldas y mangas y capirotes llenas de aguardiente, salieron ardiendo, que parecía que verdaderamente se quemaban en llamas. Fué cosa por cierto que mucho bien pareció». *Crónica de Miguel Lucas*, págs. 58-59.

(1) *Crónica de Miguel Lucas*, págs. 15 y 20.

(2) *Crónica de Miguel Lucas*, págs 37 y 183.

(3) Alonso de *Maldonado*, Hechos de Don Alonso de Monroy, págs. 27-28.

toros dardos que llevaban, distinguiéndose el que estaba más tiempo a caballo y clavaba más dardos. Y se encolerizaban los toros que corrían tras ellos, y los acosaban de manera que aquel día se llevaron dos hombres como muertos. Después que terminó la corrida pelearon entre sí y se dispararon sus lanzas, parando los golpes con sus escudos, como suelen hacerlo los moros cuando combaten, no habiendo visto en mi vida caballos ni gente más agil» (1).

La afición a la música estuvo muy extendida y los documentos de la época nos prueban la participación constante que en las fiestas reales y señoriales hubo de dársela. Alentaba el monarca el gusto por la misma, y no solamente mostrando su agrado, sino ejercitándose en ella, como nos enseña Enriquez del Castillo, cuando dice: «todo canto triste le daba deleyte: preciábase de tener cantores y con ellos cantaba muchas veces: tañía dulcemente laud: sentía la perfección de la música: los instrumentos de ella le placían» (2).

Como noticia de gran interés debemos consignar aquí, que al reinado de Enrique IV se refiere el primer documento de música profana española, que hoy conocemos. Su letra es un romance titulado *Versos fechos en loor del Condestable,* que dice así:

Lealtat, ¡o lealtat!
Lealtat, dime ¿do stás?
Vete, Rey, al Condestable
Y en él la fallarás,
Porque en todos tus criados
Otro tal no me darás,
Y en el regazo de aqueste
A buen sueño dormirás.
Desea la tu venida,
Espera cuando vernás.
Con Jahen y con Andujar
Tus reinos recobrarás.
Tal caudillo las gobierna.
Questo y mucho más farás,
Y de los que te han errado
Fío en Dios te vengarás (3).

(1) *Fragmentos de la Relación hecha por Tetzel del viaje del barón Rosmital por España,* págs. 169-170.

(2) *Cancionero* de GÓMEZ MANRIQUE, LXII.

(3) La música de este romance se encuentra en el Códice existente en la Bibl. Nac. bajo la signatura G. 126, al folio 250. Ha sido incluída en los Apéndices puestos al *Cancionero Musical de los siglos XV y XVI,* transcrito y comentado por D. Francisco ASENJO BARBIERI.

:ndicaremos, por último, que la Crónica de Iranzo nos habla, también, de los juegos y públicos regocijos que acompañaban en su tiempo a determinadas fiestas (1).

En el *día de Reyes*, se corría la *sortija*, ejercicio de habilidad consistente en introducir una lanza o caña por el orificio de una anilla; y tenían lugar representaciones mímicas, referentes al pasaje bíblico de los Reyes Magos, en las que no faltaba cierto movimiento escénico (2).

En los días de Carnaval corríase también la sortija, y momos con *falsos visajes* y disfrazados recorrían las calles (3). Y en la época de Pascuas repartíase el *fornazo*, que era aderezado «de muchas aves e pasteles e quesadillas e cazuelas e muchos huevos cocidos e mui finos vinos blancos y tintos y todas las otras cosas que eran necesarias para ello».

La víspera de San Juan las calles se cubrían de juncias y las paredes se entoldaban con cañas y ramos. Desde antes del alba ministriles con trompetas recorrían las calles, mientras los caballeros se entretenían en juegos de cañas y escaramuzas simuladas, de moros y cristianos (4).

En la fiesta de Navidad representaban en la Iglesia Mayor, durante la noche, la historia del Nacimiento y de la Adoración de los Pastores, con acompañamientos de danzas y cantos de *cosantes y rondelas* (5).

Terminaremos indicando que de las representaciones religiosas de este tiempo es sin duda la más notable, de las que tenemos noticia, la del Nacimiento de Ntro. Señor en el Monasterio de Calabazanos, para la cual escribió un auto Gómez Manrique, a instancias de su hermana D.ª María, vicaria de convento (6).

José Palanco Romero.

(1) Aunque el relato de la Crónica se circunscribe a la ciudad de Jaén, la existencia de otros testimonios coetáneos, o poco posteriores, nos permiten dar cierto carácter general a los juegos que narramos.

(2) Aparecían en primer término la Virgen, San José y el Divino Niño, después venían los Magos precedidos de una estrella que les guiaba, y entregaban los presentes de que eran portadores. Todo esto iba acompañado de ruido de trompetas y atabales y solía terminar en baile, al dulce acompañamiento de las chirimías. *Crónica de Miguel Lucas*, págs. 74-76; 107-108; y 168.

(3) *Crónica de Miguel Lucas*, págs. 1 5-118; 169-170.

(4) *Crónica de Miguel Lucas*, págs. 67-68; 128-130; 171-172.

(5) *Crónica de Miguel Lucas*, págs. 138; 176-178.

(6) *Crónica de Miguel Lucas*, págs. 159-163.